

El Dios eterno, hija mía, está allá arriba,
sentado á la derecha del Eterno;
y vive convencida
de que si ha puesto su paciencia á prueba,
tendrá la recompensa merecida,
y que al pobre Ginés en la otra vida
le ha de dar Dios una guitarra nueva.
Modera tu aflicción y ten presente
que entre el cielo y la tierra hay un abismo;
que no suele hacer Dios lo que consiente,
y que es común, desventuradamente,
que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo
más que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!...

LOS AMORÍOS DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

*A mi consecuente amigo el Ilustrado literato
Sr. Conde de Santiago*

CANTO PRIMERO

DE REY A CORONEL

I

Con un amor fatal por lo ilusorio,
siendo en lo real más casta que Susana,
era un don Juan Tenorio,
en la región de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,
suele traer á la memoria el beso
su boca de salud provocativa;
y aunque grandes y abiertos con exceso,
son bellos como el sol, á pesar de eso,
sus ojos con caídas hacia arriba.

II

Vivía con honor de su trabajo,
y obrera incomparable en sus cosidos,
sabiéndolos volver de arriba abajo,
estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento,
donde, exceptuando el son de aquel acento
que habla más bien al alma que al oído,
la preciosa cartuja
no hace en su cuarto de labor más ruido
que el clava que te clava de la aguja.
Y cosiendo y soñando entretenida,
idealiza sus propias sensaciones,
porque cree, como yo, que en esta vida
lo que hay más verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco
al presentir que me parezco un poco
á esas castas doncellas
tan llenas de ilusiones,
que malgastan su amor y sus pasiones
en la luna, en el sol y en las estrellas?

III

En esta edad tan bella
 en que el amor se cae de maduro,
 se empezó á ver en ella
 la grave enfermedad del amor puro,
 enfermedad tan grave, aunque tan pura,
 que un día de parada
 se quedó y (perdonadle su locura)
 del Rey enamorada.
 Cuando es bien parecido
 un Rey, es una imagen de marido
 que las niñas fantásticas adoran.
 ¡La mujer y la alondra se enamoran
 de todo lo que brilla y hace ruido!

IV

Fué el caso que, al hacerle algún saludo,
 detrás de sus cabellos escondida,
 vió que el Rey su mirada distraída
 echó hacia ella; mas ¿la vió? Lo dudo.
 Pero Juana infirió, según infiero
 que el Rey le dijo con los ojos: «Te amo»;
 y ella, pensando en responder: «Te quiero»,
 ocultó su rubor oliendo un ramo.
 Y luego echó á correr avergonzada,
 y cuando va pensando
 si el Rey irá besando
 las huellas de sus pies con su mirada,
 así como al descuido, con cuidado
 Juana mira de lado
 con tanta gentileza,
 que no puso en su huída
 más gracia natural ni más belleza
 Galatea, volviendo la cabeza
 por ver si era en su fuga perseguida.

V

Juana, que se veía
 hermosa y con salud, dos veces bella,
 llegó á creer que se quedó aquel día
 el Rey de España enamorado de ella.
 Y aunque es tan pudorosa
 que no abraza á sus sueños ni en el viento,
 el día aquel, por excepción honrosa,

le dió de pensamiento
 un beso... ó dos... ó tres... muy poca cosa;
 y prometiendo al Rey su blanca mano,
 con el amor más tierno,
 la mitad del verano
 y parte del invierno
 á su futuro esposo el Soberano
 lo adoró como á un Dios sin culto externo.
 Y al pensar, la inocente,
 que su gracia de un Rey hará un vasallo,
 en el Palacio Real cristianamente
 aspira á ser sultana sin serrallo.
 Y ¡lo que es la ilusión! desde el gran día
 en que el Rey la inflamó con su mirada,
 por elegancia fría,
 ya muestra aires de reina fastidiada,
 aunque tiene un reinado todavía
 más chico que el Rey Chico de Granada.

VI

Mas ¡ay! cuando, creyéndose en su mente
 reina de ambas Castillas,
 ya extraña que la gente
 no empiece á contemplarla de rodillas,
 la luz de una mañana
 vino á eclipsar su estrella,
 pues supo un día, al despertarse, Juana,
 que el Rey se iba á casar, y no con ella.
 Y como es un refrán tan verdadero
 que el mayor desengaño es el primero,
 al caer de su trono,
 creyó, con el candor más hechicero,
 que del Rey lloraría el abandono,
 vistiéndose de luto, el orbe entero.
 Y cuando vió apagado
 el esplendor de su ideal soñado,
 y después que perdió la confianza
 de alcanzar la esperanza
 de tener un vasallo coronado,
 le consoló aquel día
 del triste fin de su pasión dichosa
 el mirar que el espejo le decía:
 «¡Consuélate, hija mía,
 que es más que reina ya la que es hermosa!»
 ¡Cuánto celebro, por su bien y el mío,
 que su amor no pasase de amorío,
 y que su fe, sin experiencia alguna,
 ignorase, en su noble desvarío,

que el ir de la pobreza á la fortuna
es marchar de la dicha hacia el hastío!
¡Ya ha muerto su ilusión! Pero entretanto,
el destino iracundo
no le hará ver con verdadero espanto
que también en el mundo
hay en los ojos de las reinas llanto!
¡Y al poner fin á sus amores reales,
no quedará, por dicha, convencida
de que son las grandezas imperiales
las más grandes miserias de la vida!

VII

Siempre ha sido y será cosa corriente
que, mientras dure el malestar divino,
en alas de la mente
llega el alma hasta el fin de su destino;
siendo un hecho evidente
que si un amor se va muy fácilmente,
el amor venidero está en camino.
Así, paseando un día,
más ligera que un pájaro ligero,
vió Juana á un diplomático extranjero
que, sin ser general, lo parecía.
Y, como es de inferir, fiel á su estrella,
al volverse á la paz de su retiro,
un corazón tan tierno como el de ella
le dedicó, al dormir, la noche aquella,
después de un «¡es buen mozo!», un gran suspiro.
Mas no fué poco enorme
el suspiro que dió su alma doliente,
cuando supo después por accidente
que aquel embajador con uniforme
era un monstruo civil, un ser deforme,
que no era ni siquiera subteniente.
Y como en ella obra el discurso tanto
que, aunque la ciencia lo contrario mande,
escribe siempre Amor con A muy grande,
y un busto de Nerón lo juzga un santo,
de buena fe asegura
que el que no es militar es casi un cura;
y conforme al saber de muchas gentes,
ignora las razones oficiales
que hay para dar patentes
del uso de uniforme á los mortales
que no son, por lo menos, subtenientes.

VIII

Porque ¿es hombre un paisano?
Aunque Juana creía
que en el género humano
puede, á ratos y en término lejano,
un paisano ser hombre todavía,
ella piensa que es nada, ó casi nada,
grandeza que no es hija de la espada,
y que, aun siendo brutal como todo hecho,
la fuerza, pese al cielo, es un derecho;
y en honra de las glorias militares
cree, como todas, por instinto, Juana,
que el verter sangre humana
no es deshonor cuando se vierte á mares;
por lo cual, resolviendo que el paisano
es, más que un hombre, un papagayo humano,
lo olvida muy aprisa, muy aprisa,
recordando, más triste que Artemisa,
que ya puede sumar dos desengaños
en quince años que cuenta.
¡Quince años, ¡ah! quince años!...
¡La edad que yo tenía hace cincuenta!

IX

Mas, dejando mi edad, tened por cierto,
que hay siempre un vivo que reemplaza á un muerto,
y por raro que sea,
el corazón humano
es como el *yo fichtiano*,
que lo que piensa en su interior, lo crea;
y Juana, que en su amor se lisonjea
de lograr para esposo al heroísmo,
si es necesario en don Pelayo mismo
realizará su idea...
¡Lo que tiene de bueno el platonismo
es que alcanza en Platón lo que desea!

X

Sintiendo el inmortal desasosiego
de una sibila en éxtasis y loca,
Juana consagra á un militar su fuego
para quitarse luego, luego, luego,
el sabor á paisano de la boca.
Y buscando otro amor precipitada,

quiso la mala suerte
que Juana, nuestra reina destronada,
oyese hablar, si bien muy de pasada,
del coronel Roldán, alias «La Muerte»,
un militar de historia acrisolada,
de quien cuenta la fama pregonera
que, al empuñar la espada,
se creía un Titán, aunque no lo era.

XI

Pero ¡Señor! Para que el alma honrada
de tan casta doncella
estuviese vencida y dominada
por la pasión aquella,
¿qué había entre ella y él? ¿qué había? Nada:
la mucha fama de él y un sueño de ella.

XII

Supo Juana también que, osado y fuerte,
el coronel «La Muerte»,
como algún día Condillac, opina
que el tacto es la razón de los humanos,
y que el mundo termina
donde acaba el alcance de las manos.

XIII

Y como es tan común entre las Juanas
al tentar á los hombres atrevidos,
una de esas mañanas
en que hierve el volcán de los sentidos,
soñó, con el candor más halagüeño,
que dormía muy cerca de su ensueño;
y en el supremo instante
en que soñaba más... ¡Jesús, qué loca!
supuso que aquel hombre delirante,
como Pablo á Francisca la del Dante,
le escondía los besos en la boca...
Y aunque esto, si no en Dante, lo ha leído
en la historia de un santo arrepentido,
al ver su corazón pundonoroso
que tocan en lo real sus ilusiones,
perdiendo para siempre su reposo,
á aquel amante, que alardeó de esposo,
le echó más maldiciones

que Fray Diego al murciélago alevoso.
Y espantada del hecho
de dormir, sin querer, con sus visiones,
al fin de su explosión de sensaciones,
como flor arrancada de un barbecho,
creyó sacar, cuando saltó del lecho,
su ropa de inocencia hecha girones.

XIV

¡No temas, soñadora empedernida,
por tu pudor, que la final caída
de tu virtud retarda;
á pesar de tus faltas de dormida,
todavía tus pasos en la vida
ve sin rubor el Angel de la Guarda!
Y en tanto que á tu amante devaneo
falte el imán del material deseo,
en tu mundo de amor imaginario
siempre serán tu casto mobiliario
las cosas de los seres ideales,
oro, diamantes, perlas y corales,
luz, susurros, perfumes y colores,
risas, suspiros, pájaros y flores.

CANTO SEGUNDO

DE CAPITAN A SOLDADO

I

¿Volverá Juana á amar? Naturalmente.
¿Qué ha de hacer aquella alma adolescente,
cuando en el campo respirando amores,
los pájaros gorjean
y se hinchan los estambres que rodean
los fecundos pistilos de las flores?
Ella, después que olvida
la imagen que ama ciega,
á otra imagen fingida
con alma, vida y corazón se entrega.
¿Quién no ha visto mil veces repetida
esa crisis suprema de la vida
de un amor que se va y otro que llega?